

INICIACIÓN A LA VIDA CRISTIANA EN UN MUNDO EN CAMBIO: UNA MIRADA CRÍTICA DESDE AMÉRICA LATINA

Israel José Nery¹

INTRODUCCIÓN

En el contexto de las celebraciones de los 50 años del Concilio Vaticano II (1962-1965) estamos cumpliendo, en 2014, los 42 años del Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA, 1972), una respuesta al mismo Concilio, que recomendaba retomar, de modo adaptado, el Catecumenado de los primeros siglos del cristianismo. Veinte años después del RICA, el Catecismo de la Iglesia Católica, 1992, dedicó al Catecumenado varios párrafos densos e iluminadores (cf. n°s 1247 a 1281). Muchas iniciativas han intentado y continúan intentando asumir la dinámica de la inspiración catecumental para el proceso de iniciación de quienes solicitan ser cristianos o quieren profundizar su opción personal por Jesucristo, o sea, los que fueron bautizados cuando niños o niñas.

Lo que se quiere en este III Congreso Internacional sobre el Catecumenado, que tiene como tema “La iniciación cristiana en tiem-

¹ Hermano de las Escuelas Cristianas. Licenciado en Teología, miembro de la Sociedad de Catequetas Latinoamericanas (SCALA), de la Sociedad Brasileña de Catequetas (SBCat), de la Comisión Episcopal Chilena de Misión (CEMIS), de la Comisión de CONFERRE de Educación y del grupo de teólogos y pastoralistas Amerindia; Provincial Auxiliar del Sector Chile de la Provincia La Salle Brasil Chile.

pos de cambio” es intercambiar y reflexionar sobre la intención de ayudar a la pastoral ordinaria de la Iglesia, a hacer la formación a la vida cristiana según el estilo catecumenal, es decir, teniendo como referencia el modelo catecumenal de los primeros siglos del cristianismo y la realidad del mundo en cambio en la cual vivimos y de modo especial, lo podemos decir, de América Latina y el Caribe.

LA REALIDAD ECLESIAL DE NUESTRO CONTINENTE

Como bien lo describe el Documento de Aparecida, en su Capítulo VI, la realidad eclesial de nuestro continente, a pesar de los muchos estudios y experiencias sobre el catecumenado, revela que aún predomina, en la mayoría de las diócesis, parroquias y colegios, en lo que se refiere a la formación de los fieles, el estilo de cursos formativos intensivos que nada o poco tienen que ver con el estilo catecumenal y, aún menos, con el mundo en cambio civilizacional en el cual estamos insertos. Estos “cursitos” son en muchos casos, de carácter doctrinal nocional y, en otros casos, de carácter similar a “encuentros”, cargados de dinámicas y cantos, pero superficiales en cuanto al contenido y a la experiencia de Dios. Normalmente estos cursos tienen como objetivo prioritario la recepción de un determinado sacramento, con fecha prefijada y como una especie de clausura solemne del curso, y según una eclesiología sacramentadora.

La realidad de nuestro continente revela también un rápido crecimiento numérico de católicos que viven alejados de la participación en la Comunidad Eclesial o que la buscan muy esporádicamente como una prestadora de servicios. Ya es grande la cantidad de personas religiosamente indiferentes, para quienes Dios no significa nada o muy poco (viven como si Dios no existiera). Simultáneamente crecen grupos religiosos y cristianos alternativos a las Iglesias históricas, con muchos seguidores. La Iglesia católica en algunos países de América Latina ha perdido credibilidad en estos últimos años con motivo de escándalos especialmente en el cam-

po sexual. Hay en general una crisis en la Pastoral Vocacional que afecta el futuro mismo de la Iglesia.

Otro dato importante en esta síntesis de la realidad, es el crecimiento y variedad de pobreza en el continente y el aumento de la brecha entre ricos y pobres. La Iglesia profética de los años 1968 a 1990, con una clara opción preferencial por los pobres y compromisos articulados por una sociedad justa y solidaria se debilitó enormemente, y sus discursos ya no tienen suficiente apoyo en gestos y testimonios fuertes. Es urgente rescatar de modo más contundente la opción por la liberación de los pobres y por la justicia social, a ejemplo del mismo Jesús y de las bellas enseñanzas y orientaciones de nuestra Iglesia, y ahora del Papa Francisco

Nuestra reflexión es una llamada y una provocación a mirar el itinerario catecumenal, la catequesis, el proceso formativo de los discípulos misioneros de Jesucristo, desde el trasfondo teológico, eclesiológico y pastoral de América Latina y el Caribe a partir del Concilio Vaticano II, leído y puesto en práctica según Medellín (1968), Puebla (1979) y sobre todo Aparecida (2007), con especial empeño en el encuentro personal con Jesucristo y el discipulado misionero, en el profetismo de la liberación y promoción de los pobres y de la construcción de una sociedad justa y solidaria, en el carácter misionero indispensable de la Iglesia y la conversión de la pastoral.

INICIACIÓN CRISTIANA E INICIACIÓN A LA VIDA CRISTIANA

Pero es importante en este tema de la Iniciación, colocar, desde el comienzo, una sutil, pero fundamental diferenciación y complementariedad entre “iniciación cristiana” e “iniciación a la vida cristiana”, como lo propone el texto de Aparecida, números 289 a 294.

a) La primera expresión, “Iniciación Cristiana”, obviamente, se refiere a la histórica y tradicional preparación a los Sacramentos de la Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), que ha sido y es todavía realizada básicamente por medio del “catecis-

mo”, en forma de curso, con determinados temas para desarrollar, y que tiene como punto de llegada la recepción de tales sacramentos. Hubo y hay esfuerzos para renovar esta preparación a los sacramentos, como el de una de las propuestas más conocidas y exitosas – y que es liderada por la Iglesia de Chile, el de la Catequesis Familiar de Iniciación Eucarística, pero que a mi parecer sigue el esquema del punto de llegada y de la sacramentación. Hay algunos intentos, pero todavía pocos e incipientes, en lo que se refiere a los adultos y jóvenes, de una adaptación del proceso catecumenal de los siglos II a V para realizar esta iniciación cristiana. Y este Congreso desea exactamente colaborar con esta búsqueda de caminos nuevos para este tipo de iniciación cristiana, que evidentemente continuará existiendo en la Iglesia por mucho tiempo, con motivo de su lenta capacidad de cambio y del bautismo de niños y niñas, pero buscando algo más osado según el itinerario catecumenal.

b) Pero Aparecida va más allá de esta tradicional “iniciación cristiana” cuando se refiere a la “iniciación a la vida cristiana”. Su propuesta tiene un sentido más amplio, profundo y comprometedor que la tradicional recepción de los sacramentos de iniciación cristiana y, sobre todo, en la comprensión pobre y limitada, que comúnmente tiene el sistema de catequesis parroquial y diocesana de iniciación cristiana. Es necesario, entrar en el contexto del Capítulo VI de Aparecida, que trata de la formación del discípulo misionero de Jesucristo para comprender este enfoque latinoamericano de la formación a la vida cristiana². Y este estilo de formación exige un proceso muy diferente a la tradicional sacramentación a la que se ha dedicado la Iglesia desde hace siglos. En síntesis, mucho más que recibir este o aquel sacramento lo que se quiere es formar al discípulo misionero de Jesucristo y, en este sentido, el sacramento, todavía no recibido, será asumido no como un punto de llegada, sino como el inicio de un nuevo estilo de vida (Bau-

² La III Semana Latinoamericana de Catequesis (Bogotá 2006), trabajó muy bien esta propuesta y su documento resultó importante para Aparecida. Ver <http://scala-catequesis.org/Documentos/Eclesiales/Iglesia/Latinoamericana>.

tismo) y los demás sacramentos como alimento de la vivencia del discípulo misionero, comprometido con el Señor, con su Iglesia y con su misión. Ya no habrá clausura de un curso de catequesis de preparación a los sacramentos, ni habrá un punto de llegada, sin acompañamiento posterior, compromiso con el Señor, con su Iglesia y con la misión.

Los dos sentidos de iniciación.

Teológicamente – y de eso no se duda – los Sacramentos de la Iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) constituyen la mediación indispensable, según la doctrina de la Iglesia Católica, para que suceda la “iniciación ontológica”, por medio de la cual la persona es colocada en su todo espiritual, psicológico, corporal, relacional y cósmico en la comunión de la Santísima Trinidad. Es el sentido específico de la consagración bautismal. Y es Dios mismo, el Dios-Trinidad, quien nos consagra para su gloria. Él nos coloca en su santidad infinita y espera nuestra acción libre y responsable, para que durante nuestro peregrinar terrestre, podamos crecer, desarrollar y dar muchos frutos, frutos que permanezcan (cf. Jn 15, 17). Esta consagración nos inicia, al mismo tiempo, en la Comunidad Eclesial, el pueblo de los consagrados por Jesucristo en el Espíritu para el Padre. Consagración que incluye, per se, el envío misionero.

Pero, además de la “iniciación ontológica”, del ser que es consagrado a Dios por el mismo Dios, en la Comunidad y para la misión, existe otro sentido de iniciación, fundamentado en la antropología, y que podemos denominar de “iniciación procesal”. El hecho de que seamos seres humanos históricos, inacabados, limitados, pecadores, pero en crecimiento y con la llamada natural a la perfectibilidad, - que las Sagradas Escrituras dirigen hacia el infinito, al decirnos “sean perfectos porque su Padre Celestial es perfecto” (cf. Mt 5, 48) y “sean santos porque Dios es Santo” (cf. Lev 19,2; 20,26; 1Pe 1, 16) -, implica una serie de iniciativas formativas procesales que nos acompañan a lo largo de toda la vida en nuestro caminar

rumbo a la santidad modelo, a la perfección modelo, el mismo Dios-Amor.

Y aunque la “preparación a los sacramentos de la iniciación cristiana” tenga como meta obviamente la recepción de estos sacramentos, indispensables para la “iniciación ontológica”, la realidad de los fieles hoy (bautizados cuando niños o bautizados jóvenes o adultos) y también la realidad de la misma Iglesia, en un mundo en cambio civilizacional, exigen, sin duda, la búsqueda de nuevos caminos, para renovar profundamente la “iniciación procesal”. Parar en la recepción de los sacramentos generó una Iglesia sacramentada y sacramentadora, pero no una Iglesia evangelizada y evangelizadora. La propuesta eclesiológica de América Latina, especialmente con el impulso de Aparecida, es exactamente la formación del discípulo misionero que se comprometa a transformar a la misma Iglesia para ser Iglesia no solo de comunión pero también pobre, comunitaria, evangelizadora, misionera y liberadora.

El Itinerario Catecumenal y el tipo de discípulo misionero que se quiere formar.

Recordemos brevemente el itinerario catecumenal de los inicios del cristianismo e intentemos adaptarlo para el hoy del mundo, especialmente de América Latina y el Caribe. Según el RICA (9-40) el itinerario catecumenal tiene 4 tiempos: kerygma, catecumenado, purificación-iluminación y mistagogía. Pero es muy común que suceda una confusión entre itinerario catecumenal con sus cuatro tiempos y Catecumenado, que sólo comienza al admitir al candidato que ha aceptado el kerygma (RICA 68-69).

Kerygma y antropología: Sabemos que la finalidad de este Tiempo o Etapa es realizar el anuncio primero, en vista de la conversión y de la adhesión personal libre y generosa a Jesucristo. Es un proceso personal y personalizado, pero realizado comunitariamente, con el testimonio³ el incentivo de los demás catecúmenos y de la

3 El Directorio General para la Catequesis explica que el Decreto Ad Gentes distingue en

Comunidad Eclesial. Es parte del itinerario catecumenal, como su primer Tiempo.

Con motivo del contexto del mundo de hoy es evidente la necesidad de tomar en cuenta, antes y junto con el anuncio de Jesucristo, una atención al ser humano como persona, en comunidad y para una misión en este mundo (visión antropológica)⁴. Como consecuencia de las disfunciones familiares desde la niñez y de toda una fuerte presión del ambiente y de los mass media -cada vez más sin referencia a los valores humanos -, urge trabajar con cuidado lo específicamente antropológico en el proceso evangelizador: la persona en su riqueza, debilidad, fallas y búsquedas, por lo tanto, una compleja realidad ampliada por sus circunstancias y experiencias de éxito y de fracaso.

Esto quiere decir que es fundamental un apoyo claro en el proceso evangelizador que ayude a cada uno a dar pasos significativos en el autoconocimiento, a valorarse, perdonarse, afianzar valores y convicciones; pero también a abrirse a los otros, a crear puentes de relación amigo confiante, a colaborar en la creación y perfeccionamiento de condiciones básicas para la vida comunitaria con los colegas que buscan la fe o que buscan crecer en la fe⁵. Antes

la evangelización (no en el catecumenado) cuatro etapas: "testimonio cristiano, diálogo y presencia de la caridad (AG 11-12), anuncio del Evangelio y llamada a la conversión (AG 13), catecumenado e iniciación cristiana (AG 14), formación de la comunidad cristiana por medio de los sacramentos, con sus ministerios (AG 15-18)" (DGC 47). Pablo VI explica esas cuatro etapas en *Evangelii Nuntiandi* 21, 22, 23 y 24. Se llama precathequesis, de la cual una forma es el precathecumenado, el conjunto todavía misionero de las dos primeras etapas de la evangelización así descrita. A menudo se omite el diálogo porque no se escucha al simpatizante y se le plantea el kerygma para el cual no está todavía dispuesto ni interesado, por lo que no le resulta significativo.

⁴ Esto es el primer contenido del diálogo propuesto en AG 11-12 explicado por Pablo VI en EN 21 dentro del prekerigma que forma la primera parte del precathecumenado, del que la segunda es el kerygma según AG 13 y EN 22.

⁵ Toda esta madurez humana y social desapareció de la catequesis que hacían los Padres de la Iglesia cuando se centró en los niños, que son egocéntricos e incapaces todavía de captar estos temas.

y junto con el anuncio de Jesucristo es esencial crear espacios de acogida en las personas, crear un clima humano propicio para la convivencia fraterna. Todo ello es indispensable para poder dar el paso trascendente de las relaciones personales y comunitarias con Jesús Persona, Mensaje y Misión, el Jesús que invita a seguirlo con libertad, generosidad y amor. El anuncio presupone y exige lo humano bien trabajado, bien cuidado. En todo este proceso dedicado a lo humano evidentemente el mismo Jesús es modelo de persona, en comunidad al servicio de un mundo justo, solidario, de paz.

Y, en relación al anuncio primero, sin lugar a dudas, tenemos en Latinoamérica una postura cristológica de gran valor y que efectivamente llega al corazón, a la vida, a las relaciones y a los ideales de las personas. No es un anuncio frío, abstracto, distante, pero sí un ejercicio de encantamiento por Jesucristo, que llama, congrega, alimenta y envía para con Él cooperar en la construcción de un mundo según el Proyecto del Padre.

Catecumenado: Este segundo Tiempo o Etapa del itinerario catecumenal corresponde, en verdad, a lo que se denomina catequesis, porque tiene una carga específica de contenido bíblico y doctrinal, una síntesis de la fe cristiana. Pero esta catequesis necesita ser realizada en coherencia y dando continuidad al primer Tiempo (Kerygma y antropología). No olvidar que es en un clima kerygmático (celebrativo, meditativo, de diálogo, de profundización y enriquecimiento de la conversión, en la inserción en la comunidad y en el horizonte de la misión), que deben ser trabajados por los catecúmenos los principales elementos de la fe cristiana: las grandes etapas de la Historia de la Salvación, los misterios (o secretos) de Dios, que poco a poco descubrimos en las Sagradas Escrituras, en la Tradición, en el magisterio eclesial y en los estudios y testimonios de muchos fieles. Esto debe ser realizado de tal modo que el catecúmeno logre una buena síntesis vital de la fe cristiana. Es, en otras palabras, lo que está sintetizado en el Catecismo de la Iglesia Católica, pero releído a la luz de la teología y de la experiencia de

América Latina y trabajado y vivido desde la óptica de la iniciación a la vida cristiana, o sea, de inspiración catecumenal.

Las teologías de América Latina traen hacia el interior de los grandes temas de la fe cristiana la necesaria confrontación entre cada uno de ellos con la realidad social, económica, política, cultural y religiosa del mundo de hoy y también de la Iglesia, atentas a los grandes desafíos y oportunidades del mundo en cambio de civilización en el cual estamos insertos. En el caso de nuestro Continente debe haber siempre una atención más enfocada a los pobres, a la justicia y a los derechos humanos. Es, en verdad, tomar en serio la propuesta de Pablo VI que en su Discurso de Clausura del Concilio Vaticano II enseña que la Iglesia existe para servir al hombre concreto en todas sus necesidades y riquezas y en *Evangelii Nuntiandi* cuando habla de la interacción fe-vida, fe-cultura (EN 20). La realidad y el proceso metodológico son partes del contenido teológico-pastoral, ya que la iniciación a ser discípulo misionero de Jesucristo conlleva su inserción en nombre de la fe en las realidades concretas de la vida y de la sociedad, para allí testimoniar su fe y, al mismo tiempo, proféticamente trabajar, desde adentro, estas mismas realidades para transformarlas según los valores del Reino.

Purificación e Iluminación: El tercer Tiempo del itinerario catecumenal es el dedicado a la meditación, en clave de retiro de conversión, en un clima de opción más explícita por Jesús y la plena entrega de uno mismo a Él, para con Él buscar la gloria del Padre, comprometiéndose con la misión misma de Jesús. Se busca la iluminación que viene de los siete sacramentos que los catecúmenos van a recibir en la Vigilia Pascual.

Es parte de este Tiempo el reconocimiento de nuestra fragilidad humana, de las tendencias negativas que habitan y actúan en nosotros y nuestra condición de pecadores y del pecado social. En la tradición de la Iglesia el momento más indicado del año para este Tiempo del Catecumenado es el período de la Cuaresma. Recordar que el Catecumenado tuvo una decisiva influencia en la misma

organización litúrgica de la Cuaresma, en un contexto de 40 días marcados por la oración, el ayuno y la limosna...

En la continuidad del proceso de iniciación a la vida cristiana la persona es confrontada con las grandes etapas del Misterio Pascual: Jesucristo incomprendido, perseguido, martirizado, muerto, sepultado, resucitado y glorificado. Es en este clima cuaresmal que los catecúmenos profundizan el sentido de fragilidad, pecado, perdón, reconciliación, así como el sentido del sufrimiento a lo largo de la vida como discípulo-misionero de Jesucristo. Este gran Tiempo de purificación-iluminación se concluye con la vivencia personal y comunitaria muy especial del Triduo Sagrado y particularmente de la Vigilia Pascual, en la cual quien no fue bautizado podrá serlo y al mismo tiempo recibir de una sola vez los tres Sacramentos de la Iniciación Cristiana y los ya bautizados renovar su consagración bautismal.

Las Teologías latinoamericanas, aquí también, además de una fuerte acentuación en la infinita misericordia de Dios para con el pecador, por lo tanto en relación al pecado personal, traen para el interior de este rico proceso del Tercer Tiempo, la dramática realidad del pecado social y estructural. El pecado social se refiere a lo que el grupo, la familia, comunidad y sociedad viven, consciente y libremente, fuera y en contra de los valores humanos fundamentales como la justicia, la solidaridad, el amor, la paz y los derechos humanos. Y el pecado estructural se refiere tanto a la legislación como a usos y costumbres institucionalizados que transforman en valor lo que no es y nunca puede serlo, por herir la dignidad humana, los derechos humanos, la salud del planeta tierra y los derechos del mismo Dios.

Mistagogía: Es el cuarto Tiempo del itinerario catecumenal. El término es, en sí mismo, de enorme densidad y riqueza. Lo resumimos en pocas palabras:

a) Mistà, viene de Misterio, (el secreto fascinante de Dios, que se revela poco a poco, despacito, delicadamente y que va invadiendo nuestro ser – en verdad es el amor gratuito e infinitamente misericordioso de Dios). Este Misterio nos encanta y nos agarra por dentro y nos transforma. Al mismo tiempo Dios nos revela su Plan de Salvación y, en este Plan, quienes somos y lo que Él espera de la libertad y del amor de cada uno de nosotros. Por esto los Sacramentos de la Iniciación Cristiana deben ser reflexionados y vividos en clave del Proyecto Salvífico. Además de introducirnos en la comunión con el Dios-Trinidad-Amor (Bautismo) y afianzarla (Confirmación) y alimentarla (Eucaristía) estos Sacramentos nos impulsan y movilizan hacia el amor al prójimo, a la comunidad, a la fraternidad, a la solidaridad y a la organización social según el amor, la misericordia y justicia;

b) Agog, viene de conducir, llevar, guiar, cargar. Y mistagogía se usa aquí para expresar el acompañamiento del neo-cristiano o “neófito” por alguien, con el objetivo de ayudarlo a continuar firme en su itinerario de construcción permanente de su ser de discípulo misionero de Jesucristo, en la Iglesia, al servicio de la expansión del Reino de Dios en el corazón de las personas, en las familias, grupos, sociedades, organizaciones y en la trama de la historia. El acompañante sabe que el neófito a su tiempo deberá caminar por sus propios medios, con autonomía, corresponsabilidad, pero siempre inserto en la comunidad, transformándose en guía y acompañante de otros en el itinerario rumbo al discipulado misionero;

c) ia, en mistagogía, se refiere a movimiento de avanzar, seguir adelante con determinación, como si se viera al Invisible, en la expresión del cap 11, 24-27 de la Carta a los Hebreos.

Mistagogía es un término antiguo, pero muy nuevo en la teología pastoral, en la catequesis. Y si bien lo reflexionamos, nuestra misión de catequistas, formadores y pastores de discípulos misioneros de Jesús exige de nosotros esta actitud y disponibilidad para

conducir bien al neófito, a los cristianos, en dirección al misterio (por la puerta del encuentro personal e intransferible con Dios en la experiencia) y la maduración en la fe, acompañarlo⁶, con delicadeza, respeto y comprensión, en su itinerario íntimo de libertad, como un guía, un pedagogo, un acompañante, pero que va dejando la persona en condiciones de asumir personalmente su camino de respuesta generosa a los múltiples llamados de Dios a lo largo de la vida.

En los primeros siglos del cristianismo este Tiempo era, en gran parte, asumido normalmente por los mismos obispos. En la colección de los escritos de los primeros grandes obispos, teólogos y pastores (denominados Padres de la Iglesia) hay varios textos preparados por ellos como mistagogos⁷. Ellos retomaban, en clave pascual y sacramental, todo el proceso catecumenal, insistiendo en la responsabilidad personal por el crecimiento, vivencia, irradiación y fructificación de la fe asumida con libertad, conocimiento de causa y generosidad; pero una fe que debe ser alimentada personalmente y fraternalmente en la Comunidad Eclesial y en el compromiso evangelizador, para que otros pudieran llegar a esta misma alegría de creer, amar y esperar y para que más gente colaborara con Jesús en la expansión del Reino de Dios en este mundo...

En América Latina y el Caribe este Tiempo de la mistagogía obviamente debe tener una fuerte insistencia en la inserción del nuevo o renovado discípulo misionero en la Comunidad Eclesial, por medio de grupos intencionales, pequeñas comunidades de fe, fraternidad y misión, Comunidades Eclesiales de Base (CEB), Círculos Bíblicos etc., por lo tanto en una eclesiología de pequeñas comunidades fraternas, celebrativas y de compromiso con el Señor, con la

⁶ Sobre el acompañamiento espiritual ver Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* n°s 169-173

⁷ Algunos de estos preciosos textos se encuentran, por ejemplo, en el Oficio de Lectura, en la Liturgia de las Horas. Cf. en El Tomo II las Catequesis de Jerusalén 20, 21 y 22 (mistagógicas), pp. 580, 595, 609.

Iglesia, con la misión, preferencialmente junto a los más pobres, en sentido propio de ayuda inmediata a los necesitados, pero sobre todo de liberación, de promoción y de construcción ciudadana de la corresponsabilidad por una sociedad y un mundo justo, solidario y de paz.

Pero, en general quien pasa por el proceso catecumenal siente dificultad de integrarse en las denominadas parroquias tradicionales, comandadas por la “pastoral de la rutina” y del mantenimiento de lo que “siempre ha sido así y está bien”. Allí el ardor de la conversión, el celo ardiente por el Señor y su Reino, comunidad y fraternidad, participación, compromiso y misión no encuentren apoyo. Aparecida insiste en la urgencia de la conversión pastoral y estructural de las Diócesis, Parroquias, de las Congregaciones, Movimientos, Colegios y otras instancias cristianas.

Inspiración catecumenal: oportunidad y desafío. Más que seguir paso a paso los Tiempos del itinerario Catecumenal histórico, adaptado litúrgicamente por el RICA, pero que presupone un proceso evangelizador, catequístico, purificador, iluminador y la mistagogía, lo que efectivamente importa es la inspiración catecumenal para el proceso de iniciación al discipulado misionero de Jesucristo y, en nuestro caso, en el contexto latinoamericano y caribeño que se encuentra presionado al cambio.

El gran sueño de una formación de inspiración catecumenal es que ella vaya más allá del nivel inicial (iniciación) y dure la vida entera, porque ser discípulo misionero encarnado en la realidad es una tarea permanente y continua, una construcción personal y comunitaria constante. La iniciación (con sus bases: el diálogo antropológico, el kerygma, el catecumenado o catequesis, la purificación-iluminación), incluye la mistagogía que, per se, nunca tendrá un punto de llegada. Ello porque, en verdad, cuando el discípulo misionero efectivamente se compromete, descubre que necesariamente debe colocarse en una actitud de autoevangelización y de santificación permanentes, ya que la fe viva conduce a

un compromiso siempre más grande con el Señor, con su pueblo, con la misión, y este compromiso debe ser en libertad y generosidad crecientes.

Pero en esto hay un gran reto: la falta de un consenso básico en nuestra Iglesia sobre el significado, contenido y práctica de la iniciación y formación de inspiración catecumenal de discípulos misioneros, formación en permanente estado de renovación, según las fuentes cristianas y las necesidades de las personas, llevando en consideración el mundo de hoy y de mañana. Con este desafío están, también, otros: a) la formación de los que asumen y animan el proceso de iniciación a la vida cristiana y de formación de inspiración catecumenal; b) la aceptación de la comunidad eclesial, como un todo, con su necesario apoyo a este nuevo estilo de iniciación y formación de discípulos misioneros de Jesucristo, lo que implica obviamente la conversión pastoral y estructural de nuestra Iglesia; c) y, en nuestro caso latinoamericano y caribeño, está un dato, no siempre consensuado que es el del perfil del discípulo misionero inserto, consciente y competentemente, como transformador de la realidad social, económica, política y cultural, por lo tanto, como evangelizador militante, con una clara preferencia por los pobres, por la justicia y por la salud del planeta tierra, buscando, a la luz del Evangelio y con los valores cristianos una sociedad según el Plan Salvífico, en la cual tiene la primacía el amor a Dios sobre todas las cosas y el amor al prójimo como Jesús nos ama (cf. Jn 13, 34-35).